



Las Empresas de la eternidad. Juan de Santiago y la retórica verbo-visual jesuítica

María José Cuesta García de Leonardo

València: Universitat de València, 2022, 220 pp

La temática del libro *Las Empresas de la eternidad. Juan de Santiago y la retórica verbo-visual* está centrada en la consideración que la Compañía de Jesús dio al poder de persuasión y comunicación de la imagen y la palabra, situando el punto de mira en la figura del jesuita asentado en Córdoba Juan de Santiago y Almenara (1689-1762). Encontramos el libro estructurado en seis capítulos, aunque de forma binaria se plantea una primera parte dedicada a la aproximación a la vida del sacerdote protagonista, su circunstancia social, junto al estudio de las imágenes-retrato, honras fúnebres y jeroglíficos que se conservan en torno al profeso. El segundo punto se focaliza rigurosamente en el análisis de la obra emblemática del padre Santiago con una sorpresiva e interesante coda dedicada al arte de la estampación. Cierra el volumen una completa y cuidada bibliografía.

En la cultura de la Edad Moderna proliferaba un tipo de literatura jesuita con finalidad adoctrinadora sobre hagiografías monográficas o compendios de vidas *exempla* de jesuitas canonizados o por santificar, en las que, entre sus folios, se alojaban estampas grabadas con los retratos de los protagonistas.

En este contexto intelectual llega a escena, como ejemplo de modelo predilecto jesuítico de trivio, el P. Vicente Morales, rector del Colegio de la Compañía de Jesús en Córdoba, con la realización de la biografía de Juan de Santiago intitulada *Compendio de la exemplar vida y santa muerte...* –reimpresa en Zaragoza– basada, con probabilidad, en la historia de la vida del astigitano P. Francisco Tamariz, del que el P. Morales quiere extrapolar a la figura del P. Santiago el mismo semblante de profeso virtuoso, capaz de acontecer milagros como la curación de un apestado, personaje querido y venerado por sus conciudadanos, sota su compromiso con la escena social, misionero urbano de la asolada Córdoba dieciochesca y contrarreformista en

calidad de dadivoso. En este sentido, el P. Santiago se proclama como agente cultural en dicha ciudad fomentando el culto a imágenes devocionales, como con la promoción del Triunfo de san Rafael, estatua emplazada frente al Colegio de la Compañía, impulsando el culto al arcángel y divulgando por la urbe grabados de este contra la Peste, o encabezando procesiones que recorrían el entramado urbano decorado efímeramente con imágenes piadosas que hacían trabajar en el viandante los lugares de la memoria. Santiago fue, además, el inspirador de otras obras como el altar de la Virgen del Socorro a la que profesaba junto a sus hermanos gran devoción –arquitectura atribuida a Alonso Gómez de Sandoval–, o el impulsor al culto del Cristo de las Ánimas alentando la fábrica de la ermita del Campo de la Verdad. Magistralmente, Cuesta acompaña al lector a comprender y evocar estas acciones culturales del P. Santiago sobre el escenario virtual de los juegos del arte de la memoria entendidas como *compositio loci e imagines* de corte ignaciana.

Tras la muerte del P. Santiago en 1762 se produjo un prestigioso despliegue icónico de la figura del profeso sufragado por la nobleza local y la Compañía, en virtud de su santificación con la finalidad de potenciar y afianzar la orden religiosa entre la población, a la que poco le restaba para su expulsión. Los retratos seriados en estampas grabadas creados *post mortem* del P. Santiago resaltaban la inocente personalidad del ecijano a los que se les concedía propiedades taumáticas, además de intentar reflejar en ellos a una persona accesible, tal y como la Compañía quería mostrarse a la sociedad. Se le llegó a construir un túmulo, fielmente descrito, con motivo de sus honras que lo distinguía socialmente –por lo general esto se reservada a las élites según dictaba la normativa real–, junto a variados poemas y elaborados jeroglíficos, como el del Ave Fénix, escritos en castellano y latín –propios de la perspicacia icónico-persuasiva de los del *Gesù*–, expuestos estratégicamente por las paredes de las naves de Santa Catalina. Desde una amplia visión, la autora analiza el programa retórico-visual del túmulo en relación a su configuración emblemática y alegórica puesta en relación con las imágenes de los trabajos de actores principales como Horozco y Covarrubias, Juan de Borja, Jacobo Boschio, Baños de Velasco, entre otros. Relevante lectura para comprender la analogía entre el modelo de vida de Santiago sintetizada en tal arquitectura funeraria con su consiguiente abanico visual tendido por la iglesia, y el aparato ideológico constituido por la «Compañía Triunfante» que, además, dejaba ver las imágenes piadosas de sus santos más destacados por el recinto basilical.

Cuesta nos sigue adentrando en las sutilezas de la retórica verbo-visual empleadas por los jesuitas, esta vez en la evocación de la imagen-retrato del P. Santiago que remite a la hagiografía de Morales como hilo conductor y descriptor de la figuración del religioso. Se conocen un par de óleos y varios retratos calcográficos de Joan Díez, H.V.: Ugarte, Matheo González. En estas representaciones la construcción de la imagen del P. Santiago se codificada a través de la inclusión en la *imago* de ciertos atributos que le distinguieron en vida: el arcángel Rafael, el Colegio de la Compañía y, también, una fórmula de cualidades expresivas, gestualidades adecuadas e incluso el decoro –modo conveniente de representar la personalidad del retratado– que revelaban una forma de vida penitente –con su falsa joroba–, caritativa, humilde y pobre, para el perfeccionamiento espiritual de base ignaciana. De esta forma, el desarrollo de los retratos conformaría sintéticamente la imagen viva de un sermón, utilizando el recurso mnemotécnico del *ars memoriae*, en loor del proceso de divulgación y pervivencia de su recuerdo a través de la santificación.

La autora pone a nuestro alcance el mundo personal y original del religioso confeccionado en su obra póstuma *Doce Symbolos de la eternidad...* donde el ecijano practica un método derivado de los *Ejercicios Espirituales* así como el propósito horaciano y la teoría barroca de los

afectos. Cuesta nos da a conocer el uso consciente que el P. Santiago hizo, como buen jesuita, de la Emblemática como un recurso adoctrinador y efectivo del arte de la sugestión. La lámina de las postrimerías y las de las empresas, analizadas por la autora en profundidad, abordan el tema de la eternidad, el pecado y su castigo, así como sus corolarios, temas que preocuparon a Santiago. Pero sobre todo, tras el terremoto acaecido en Lisboa el 1 de noviembre de 1755 –año en que está envuelto en la realización del altar de la Virgen del Socorro–, inquietó al ecijano la meditación sobre los cuatro novísimos o situaciones que esperan al ser humano al fin de sus días: muerte, juicio, infierno y gloria. Cuesta repasa la literatura emblemática sobre esta temática con composiciones similares entre ellas –letras que identifican a personajes o elementos en el programa visual– en autores como Nadal, Ioan David o Antoni Sucquet que con probabilidad dejaron huella en la lámina introductoria de la obra de Santiago. De igual manera la autora destaca libros de emblemas que facilitaban la meditación y concentración ignaciana y su memorización, como el de H. Hugo o H. Drexel o S. Izquierdo, entre muchos más. Sin embargo, Santiago no escoge la composición de lugar en la imagen sensible sino «la presencia frente al símbolo escueto que la evoca» con sencillez, síntesis clara y de facilidad memorizable, como pueda ser, por ejemplo, la figura geométrica del círculo de presencia reiterada en la mayoría de las empresas, en analogía al sistema de perseverancia que primaba en el sermón dramático del buen orador como fue Santiago. Los doce símbolos de la eternidad –alusivos a las doce esferas celestes según concepción ptolemaica y geocéntrica por las que el alma debe transitar–, dibujados por el propio P. Santiago (al menos el primer esbozo), pretenden facilitar la meditación «invisible» referida al concepto abstracto de la eternidad, recurriendo a elementos de la naturaleza: cielo, mar, montañas, paisajes, seres animales como el ave de la resurrección o el ouroboros, etc.

Culmina este atento viaje emblemático cuando, al final del libro, Cuesta pone el acento en destacar, más detenidamente, la considerable labor de cada uno de los grabadores en torno a la figura del sacerdote, concluyendo que la impronta dejada en el libro de empresas de Juan de Santiago es de ponderosa calidad, superior a muchas estampaciones coetáneas en España.

Montiel Seguí Balaguer

